El Masón del San Gabriel

Mauricio B.

Capítulo 1

Cansado de las bóvedas pacatas del San Jerónimo[1] cerró los ojos para recordarlas tal cual eran: coloridas aunque lúgubres, relucientes y sombrías. Caminaba a diario por esas callejuelas, lo consideraba una dulce sentencia eterna. Las transitó cuando el sol del verano calentaba las bóvedas desde arriba convirtiéndolas en hornos y perfumaban el ambiente con aromas fétidos. O cuando el invierno aplacaba todo vestigio de vida en el cementerio, y parecía ser él el único ser errático confinado al cementerio. Aún sin entender qué misión lo aferraba a las calles del enterratorio habría elegido esa mazmorra.

Con los años, sus caminatas fueron tornándose monótonas. Las bóvedas relumbrantes que antaño con tanto placer observaba, se habían ensombrecido. Al igual que las calles angostas. El ciclar eterno lo obligaba a repetir día tras día los mismos panteones y fantasmas, lloronas, saqueadores y las mismas cruces. Todo era igual de sombrío. El tiempo iba agrietando todo aquello cuanto había a su alrededor, aunque a él nunca logró corromperlo.

Infinidades de veces esperó el momento de su perdón definitivo y cansado de ansiarlo se dejó llevar por la costumbre, dejó de pensar en ello.

Se sentó en el banco frente al mausoleo de la familia Minetti y mantuvo una fluida charla con el ángel de mármol o con la puerta vidriada. Con uno y otra daba lo mismo. Ya había agotado todos los parlamentos posibles con ambos. Hasta que distinguió la portezuela que se abría destartaladamente al final del empedrado. Esa placa maltrecha, termitera, que hacía de límite forzado entre los dos camposantos, el sector cristiano y el disidente[2]. Él la consideraba una desatino adrede, que no tenía razón de ser. No ameritaba un por qué más que la chanza, si durante años en su caminata estuvo abierta.

Los aparecidos merodeaban de un lado al otro burlándose de los confines que la puerta lindaba, la pasaban por alto, habían superado sus necesidades religiosas y daba lo mismo si en vida habían sido cristianos o disidentes. Jamás estuvo cerrada, ni un breve lapso que el recuerde, por lo contrario, jamás habría sido un límite veraz.

Y los espectros valiéndose de la abertura entreabierta, aburridos de sus eternos recorridos, aprovechaban el pasadizo para perpetrar fechorías de piadosos contra paganos y laicos contra ortodoxos. Si la portilla no tenía razón de ser, menos aquellas viejas riñas ideológicas.

Él era espectador y participe según su estado de ánimo. Solía disfrutar ese tipo de faenas, de asustar a viudas infieles con un soplido, de ahuyentar lloronas y ladrones o amantes insistentes, de hacer llorar vírgenes y santos según se le presentase la ocasión. Solía disfrutarlo hace tiempo, ya no. La desidia fue agudizando su ánimo hasta volverlo malhumorado y tosco.

Recordó una tumba añeja y abandonada en el San Gabriel[3], y comenzó a transitar el empedrado rumbo a su encuentro. Quizá aquello le aportara un momento alegre y falaz a su rutina tétrica o simplemente lo cargase de nostalgia. Hacía tiempo que no la visitaba, que no posaba flores hurtadas en su base o no barría la tierra que la cubría produciendo vientos con su mano, ese artilugio que le había conferido un hermano suyo, coterráneo, que sabia mover cosas con la mente y otros espantos.

Atravesó la puerta y la cerró tras de él. Advirtió entonces que el aire del Cementerio pagano sabía a cofradías perdidas en los años, a finados excomulgados, a iniciados en las artes y a colectividades discretas. Que el viento olía diferente y las aves de este costado no canturreaban alabanzas. Así y todo el ambiente, a diferencia de allá en el sector santo, se percibía más fresco. Y sonrió. Lo atribuyó a que aquí se abrían más arboledas entre las tumbas, a que las calles eran mas anchas y de tierra húmeda, y a que la visual no estaba sobrecargada de mármoles calientes, cruces y otros iconos. Aunque él entendía la verdadera razón. Pero prefería callarla para sí y no retomar viejas contiendas.

Comenzó a caminar por la calle que da a la avenida y desde la tercera esquina hacia los inhumados de la familia Jansen. Frente a ellos estaba su tumba, una pequeña placa de mármol sin ornamentación mas que su nombre y dos herramientas talladas con delicada sutileza. El pequeño mogote se erguía poco más que imperceptible guareciendo sus restos, lindando el muro posterior del crematorio del San Jerónimo.
Algo frenó su paso, la monotonía había sido quebrantada por un suceso. Perplejo, observó que sobre la tumba del hermano Thompson, el dinamarqués, habían posado tres claveles blancos, lo mismo que sobre la de Simonai y la de Marcos, ese viejo amigo que bien recordaba, por ser ambos hermanos secretos y maestros en la Southern Cross[4].

Cerró sus ojos para inmortalizarlos, todos ellos habían abandonado las calles del enterratorio hacía tiempo siguiendo la luz. Solo quedaba él. Se recordó a sí mismo portando flores en sus despedidas. Hubiera lanzado una lágrima en ese instante, por no entender qué era lo que aún lo aferraba a estas tierras, pero eso era una de las tantas cosas que le eran negadas en su condición.
¡Qué extraño! –pensó–. ¿Por qué las flores en las tumbas de mis hermanos?

Aceleró el paso hacia la tumba esperando encontrar sobre ellas otra de las ofrendas pertinentes. Al llegar al paredón no halló nada. Defraudado, pensó buscar tres flores de cualquier tumba y colocarlas él de forma ritual para borrar las secuelas del olvido. Pero lo entendió como una revancha aniñada. Se sentó sobre la lápida apenado y acarició su borde con dolor, con añoranza, recordando quien fue en vida.
A lo lejos vio a un extraño portando claveles en su mano, que azarosamente rendía honores a más de sus hermanos. Y al advertir que se dirigía en su dirección se ocultó de él, con ánimos de hacerle una jugarreta vengativa. Con extrañeza descubrió que el visitante no era más que otro aparecido. Un cofrade suyo al que no conocía.

El hombre se arrodilló frente al sepulcro, llevó su mano derecha al centro del pecho y le dijo:
—Querido hermano, vengo buscarte. Los masones del Oriente recuerdan el honor que has traído a nuestra casa. Y requieren tu presencia. Es por eso que en nombre de la fraternidad he de hacerte los honores. Camina a mi lado, te llevaré hacia la luz, iremos al encuentro de nuestros hermanos.

Él lo miró fijamente y quiso increparlo. Pero la garganta se le anudó al observar que en cada uno de los rincones del San Gabriel había cofrades suyos parados frente al camino, que con flores en las manos, delimitaban un sendero que se extendía hacia el sol.
—Ellos te esperan —dijo el hombre—. Han venido a escoltarte. Querido hermano, Toma mi mano y caminemos hacia el Oriente Eterno[5].

[1] Cementerio de la Ciudad de Córdoba, Argentina.
[2] Cementerio disidente: Enterratorio que alberga los restos de los residentes disidentes de la fe católica, excomulgados o suicidas. Usanza de los años 1800 en los que los que se les era negada la sepultura en los cementerios a quienes no profesaron en vida la fé católica (protestantes, anglicanos, masones, suicidas etc,.)
[3] Cementerio de residentes no católicos o suicidas de la Ciudad de Córdoba, ubicado a los costados del cementerio local de la ciudad argentina.
[4] Logia masónica de la ciudad de Córdoba en el siglo XIX.
[5] Figuracion del cielo según las creencias masónicas.